

Confidencias de un curamaestro

Lorenzo Milani

Experiencias Pastorales (BAC, Madrid 2004)

“Noto que muchos curas jóvenes han llegado mediante la diversión (a diferencia mía) a hacerse querer por todos. Al principio la cosa me impresionó mucho, pero ahora he reflexionado: ¿dónde está escrito que el sacerdote deba hacerse querer? ... Conozco un joven sacerdote que se ha hecho simpático a todo su pueblo. Nadie habla mal de él, al contrario, cuando se dice su nombre todos sonríen bonachonamente como ante algo querido y divertido al mismo tiempo. Siempre alegre, chistoso con todos, comunistas y democristianos, pobres y ricos. Es buen amigo mío y le quiero mucho, pero, dejando aparte el afecto, sopesemos cuánto ha pagado por todo esto y cuánto le ha rentado. Le ha costado el precio de hablar sólo de deporte, de tener siempre la “Gaceta Deportiva” en la mano y de evitar con cuidado cualquier tema comprometido.

¿Y ahora qué hace con todo ese coro de simpatías? ¿Y qué queréis que haga? ¿Qué queréis que le quede? No le ha quitado el sueño ni el apetito a nadie. Trabajaré la Gracia por él (...)

Había un profesor de griego que era muy odiado. Pero sus alumnos aprendían bien el griego. Ni siquiera veo cómo puedan relacionarse ambas cosas, cuando es tan evidente que la misión del profesor de griego es enseñar el griego y no la de ser amado (...)

Yo a mi pueblo le he quitado la paz. No he sembrado más que discordias, discusiones, posturas ideológicas opuestas. Siempre he afrontado las almas y las situaciones con la dureza que corresponde al maestro. No he tenido ni educación ni miramientos, ni tacto. Me he echado encima un montón de odio, pero es innegable que todo esto ha elevado el nivel de los temas de conversación y de interés de mi pueblo. En el pueblo de ese amigo mío (menos en el periodo estrictamente electoral) se discute violentamente sólo por ciclistas como Coppi o Bartali. En el mío...” (pág. 85-86).

“Y, sin embargo, yo no resplandezco de santidad. Ni siquiera soy un cura simpático. Más bien tengo todo lo necesario para alejar a la gente. Hasta en la escuela soy chinche, intolerante y despiadado. No me hago con los chicos por especiales dones de atracción. Sólo que he sido astuto. He sabido dar al botón que ha hecho saltar sus cualidades más honradas. Yo no tenía riquezas. Ellos eran los que rebo-saban y nadie lo sabía.

He tocado su amor propio, su generosidad natural, el ansia social que hay en la atmósfera de nuestro siglo y, por consiguiente, en el fondo de su corazón, el instinto de rebelión del hombre, de afirmación de su dignidad de siervo de Dios y de nadie más (...)

No se trata de métodos, sino sólo del modo de ser y de pensar. Los sacerdotes del teleclub parroquial y los comunistas de las Casas del Pueblo no aprecian a la juventud obrera y, por eso, con tal de no perderla, no han sabido hacer otra cosa mejor que acariciar sus pasiones. Han recogido lo que han sembrado: muchachos esclavos de sus propias pasiones e inútiles para sí mismos y para los demás.

Mientras que yo, que los amaba por encima de todo y veía brillar sobre ellos y sobre su clase, en cuanto tal, una vocación histórica de clase líder, proveniente de Dios directamente y que a Dios les devolverá, he despreciado sus pasiones, he buscado y desempolvado solamente aquellas cualidades que tenían que estar allí y que de hecho estaban. Los he armado con el arma de la palabra y del pensamiento, los he dirigido contra los llamados “peligros” de la fábrica, más capaces que cualquiera y mejor preparados que nadie; nunca en segunda fila por su palabra, su coherencia, su ardor sindical, social o político, ni por su combatividad (...)

En los manifiestos electorales, tanto los comunistas como los católicos, no han prometido más que bienestar. Como si ya estuviera demostrado que la juventud está corrompida hasta el punto de no moverse sino en vistas del propio bienestar. Garibaldi, que prometía sufrimientos, atraía más que vosotros que prometéis el coche y los electrodomésticos. O mejor, digamos que él atraía a menos, pero los atraía hasta llevarlos al matadero; pero a los vuestros, si no los servís y veneráis, se os escapan por todos los sitios. Habéis supuesto desde un principio que los jóvenes son borregos y que iban a inclinarse siempre de la parte más numerosa y vencedora. Y ahí están vuestros manifiestos electorales exaltando los triunfos y las mayorías alcanzadas. Ahí vuestras asambleas oceánicas, fiestas, procesiones y manifestaciones oceánicas.

Yo he supuesto, a priori, que los jóvenes son generosos y antes dan su vida por el débil que por el fuerte, por el caído que por el vencedor. Yo había acertado y vosotros no” (pág. 174-176). ■